

# IV Concurso de relatos **FICCIÓN Y CIENCIA**

Ganador



## **El Caso Toby, revisitado**

**Ricardo Blanco Maldonado**



UNIVERSIDAD  
DE MÁLAGA



Brain Dynamics

© Ricardo Blanco Maldonado

© Publicaciones y Divulgación Científica. Universidad de Málaga

Coordinación: Rosario Moreno-Torres Sánchez

Corrección y edición: Javier Sánchez Relinque

Diseño y maquetación: Aurora Álvarez Narváez

Colección Ficción y Ciencia

**IV Concurso de relatos**

**FICCIÓN Y CIENCIA**

# **El Caso Toby, revisitado**

**Ricardo Blanco Maldonado**

**Universidad de Málaga  
2016**

## El Caso Toby, revisitado

*Ricardo Blanco Maldonado*

 El Stør Dødâm, *Gran Muerte* en escandinavo clásico, era un drakkar de dos mástiles y cien remos, una bella nave que sembraba caos y muerte a su paso. Hace mil años cruzaba el Atlántico regularmente, traía a casa riquezas, manjares, prostitutas y prostitutas desde la recién descubierta Norteamérica, y a cambio dejaba allí enfermedades, fuego y destrucción. Su capitán, Rørem Harr, era un ser despótico y cruel. La tripulación consistía en un timonel, un médico, un cocinero, un torturador y cien remeros, todos ellos seres igualmente despóticos y crueles.

Sucedió en el otoño del año 1001 d. C. que la tripulación, liderada por el timonel, se amotinó contra Rørem Harr y lo echaron a los tiburones, animales especialmente hambrientos en esta época del año. Se celebró la toma del barco con alcohol, música y peleas, y se nombró médico al cocinero, cocinero al torturador y timonel al médico (quien sin más dilación empezó a tramar una rebelión contra el nuevo capitán), y prosiguieron hacia las costas de Terranova.

Mas Rørem Harr, poco antes de zarpar de Stavanger, y receloso de su timonel, había acudido a una hechicera para

que protegiese al barco con una maldición: se diera el caso de que alguien distinto a él se hiciese con el mando de la nave, entonces la muerte habría de caer sobre los traidores. Así fue: una noche sin previo aviso se abatió sobre el barco una tempestad feroz y la mitad de la tripulación cayó por la borda. Al día siguiente se declaró la disentería a bordo y en tres días, entre dolores y náuseas, murió la mitad de los que habían sobrevivido a la tormenta; luego vino un fuego y luego un segundo y sangriento motín, tras lo cual solo quedó vivo el cocinero, que se autoproclamó capitán y se lo llevó una noche el tentáculo de un calamar gigante. Y así fue cómo la Gran Muerte quedó abandonada a la deriva, a merced de vientos y mareas.

Cincuenta años más tarde las corrientes oceánicas lo hicieron contornar el Estrecho de Magallanes y aparecer, fantasmal y hermoso, frente a la ciudad inca de Tlatzecóatl. Precisamente en aquel entonces una sequía atroz se cernía sobre la provincia. El gobernador de Tlatzecóatl, Tlatzecóalt, se tomó la llegada de la nave abandonada como una señal de que los dioses habían respondido a los insistentes sacrificios

masivos. No en vano al día siguiente empezó a llover, y acabó desatándose sobre la provincia una tormenta salvaje que llenó embalses, anegó llanuras y arruinó pueblos.

Cuando se adentraron en el barco abandonado los incas encontraron mapas que mostraban la ruta hacia un nuevo mundo. Tlatzecóalt, sediento de aventuras y deseoso de escribir su propia página en la Historia de su pueblo, renombró Quipa Tutua, *Bella Muerte*, a la nave enviada por los dioses, y se embarcó rumbo a Europa.

Sin embargo, la llegada al nuevo mundo no fue tan triunfal como el gobernador había imaginado; de hecho él ni siquiera fue partícipe, pues a las dos semanas de viaje hubo un motín y el médico de a bordo se hizo con el poder. Los incas eran un pueblo poco marinero y al llegar a la costa estaban todos sedientos, desnutridos y con escorbuto, pues durante meses sin fin las olas y los vientos jugaron con Quipa Tutua como un niño con un barquito de papel. Finalmente la embarcación naufragó frente a las costas de Gades (a la sazón Cádiz), y los sobrevivientes consiguieron llegar a la orilla a nado.

Llamaron a las puertas de la ciudad pero los echaron a pedradas: nunca habíanse visto gentes tan oscuras en estas tierras. Los incas erraron durante años por tierras andalusíes, en un constante huir y esconderse hasta que encontraron unas ciénagas malolientes a las afueras de la ciudad de Mālaqa, y allí se asentaron. Mas la maldición de Rørem Harr, que era la responsable directa de todas estas calamidades, aún no había quedado saciada de venganza; y al cabo de varias generaciones llegó un enemigo que los empequeñecía a todos: la Inquisición Católica.

Llegaron con palos y crucifijos, ofreciendo clemencia a cambio de conversión; pero cuando vieron que allí se veneraba a idolitos de madera y se practicaba la cópula fuera del matrimonio, se limitaron a dar palos a secas. Poco podían hacer los incas, que ni siquiera hablaban aquella lengua y que sufrían una debilidad enfermiza debido a su alimentación basada en raíces y agua estancada. Todos los domingos venían los inquisidores a desmembrar herejes, y pronto el pequeño cementerio de los incas tuvo más ocupantes que el propio pueblo. Y un día solo quedó viva una muchacha para enterrar

a los demás, y mientras lo hacía lanzó una maldición terrible sobre aquella tierra y sus gentes. No llegó a terminar su imprecación porque una espada santa le atravesó la espalda, pero dijo lo suficiente para que el conjuro, como su sangre, empapase el suelo y arraigase allí donde cayó. Es aquí donde todo esto cobra relevancia para nosotros, pues fue sobre las ruinas de este cementerio inca, doblemente maldito, donde varios siglos después se levantaría la Universidad de Málaga.

Ahora bien, aunque estos hechos que venimos relatando son poco conocidos, siempre ha sido de conocimiento público que algo malsano se agita en estas tierras. Podemos recurrir a la hemeroteca y las leyendas, y por ejemplo aprenderemos que, cuando la ganadería era la principal actividad económica en la región, ningún vaquero consiguió nunca traer a sus animales a pastar a esta zona: las vacas se resistían a entrar en el perímetro de la finca, y las que lo hacían no probaban una brizna de hierba ni dejaban de mugir angustiadas hasta que el vaquero se las llevaba de allí.

También es muy conocida la ola de crímenes que tuvo lugar en las inmediaciones de la finca en el último año del S.

XVIII: por aquel entonces muchas parejas de enamorados se acercaban hasta aquí durante la noche para disfrutar de algo de privacidad; hasta que surgió un asesino despiadado y sembró el terror. Un superviviente relató que se trataba de una figura «encapuchada y que despedía un fulgor», pero también hubo quien aseguró que era algo maligno en el aire lo que hacía enloquecer a los amantes y matarse mutuamente a dentelladas. Sea como fuere, las parejas dejaron de venir a esta zona y se retiraron a otros barrios donde la costumbre aún pervive.

Durante años solo los cuervos visitaban el lugar. A mediados del S. XIX una orden religiosa pidió permiso para establecerse allí, y les fue concedido. A lo largo de medio siglo edificaron cabañas e hicieron habitable la ciénaga. Aunque haya pasado a la historia que se trataba de la orden *Clericorum Regularium Vulgo Theatinorum*, es de todos sabido que realmente se trataba de una secta satánica, y que solo por eso la ciénaga se dejó edificar sin hundirlos y la tierra se volvió fértil y perdió su ponzoña. Un mes después de que el alcalde expulsara a los falsos monjes teatinos de la finca, surgió violentamente del suelo un géiser de aguas hirvientes

y sulfurosas, de más de cincuenta metros de altura, que duró nueve días y cuyo hedor llegó hasta Pedregalejo.

Menos conocido, pero de especial significancia para lo que nos ocupa, es el hecho de que, a comienzos de los 70, cuando empezó a barajarse la posibilidad de construir un campus universitario en la finca de Teatinos, la Universidad contrató a un rabadomante para que asesorara a los arquitectos sobre el emplazamiento idóneo de las facultades. Hubo que ir a buscar a éste hasta Antequera y traérselo en carro de bueyes por la carretera de Almogía, pues se negaba a desplazarse en ningún vehículo que hiciera uso de electricidad. Llevaba consigo un baúl repleto de péndulos de metal, varillas de madera, cilindros de vidrio y demás artilugios de todas las formas y tamaños. Durante varias semanas exploró el terreno guiado por sus instrumentos, y al término de veintiún días entregó a los arquitectos un mapa de la finca con círculos donde no había detectado ninguna anomalía, y grandes equis donde desaconsejaba construir.

Llamaba la atención una señal de advertencia que había dibujado sobre un trozo de terreno que correspondía con la

capilla en ruinas de los falsos teatinos (quienes, a su vez, la habían levantado sobre el lugar exacto en que cayó la última inca de Tlatzecóatl). Cuando se le preguntó sobre aquello, dijo que había detectado «...una geopatía maliciosa», y se apresuró a cobrar sus honorarios y volvió a su casa en el carro de bueyes. No había pasado aún una semana de su vuelta cuando su carrera de rabadomante, así como su vida, fueron truncadas al caerle encima un rayo durante una tormenta eléctrica como nunca habíase visto antes en Antequera.

Es llamativo, por no decir acusativo, el secretismo que siempre guardó la institución respecto al episodio protagonizado por el rabadomante, incluso durante el turbio caso de Fermín Publio Cordón. A lo largo de varios años se procedió a construir la Ciudad Universitaria. La mayoría de las facultades se ubicaron en los lugares considerados como «seguros» según las indicaciones del antequerano, y las zonas marcadas con las equis se reservaron para calles, aparcamientos y la Biblioteca General. En la zona considerada más maligna de todas, al oeste de la Facultad de Ciencias y al sur de la de Medicina, se mantuvo sin tocar durante muchos años la capilla

ruinosa, infestada de ratas y serpientes. Eso sí, las obras no estuvieron exentas de percances: en 1987 un gruísta se volvió loco y arrancó la cabeza a su compañero con el gancho de la grúa; y se cuenta que cuando inauguraron la Facultad de Medicina y trajeron los primeros cadáveres para su disección, los celadores se encontraron con que ya había varios cuerpos sumergidos en las piscinas de formol.

Fueron, de todas formas, años de relativa bonanza, y los viejos de Málaga, que de niños no podían conciliar el sueño por las historias que de aquel lugar se contaban, consideraron que la maldición estaba acabada: una muestra más del mal juicio que tiene el ser humano a la hora de decidir qué recuerda y qué olvida. A principios del nuevo siglo se «perdió» el mapa del antequerano (lo cual solo puede despertar en nosotros un amargo escepticismo). La Junta Directiva de la Universidad consideró que era inadmisibile conservar, en el corazón del campus, la capilla derruida vestigio de una época olvidada: en 2001, justo mil años después de que la Gran Muerte zarpara por última vez de las costas heladas de Stavanger, se inauguraron los Servicios Centrales de Investigación.

Era un edificio blanco, aséptico, con arbolillos plantados alrededor y rodeado por un foso, y que escondía un oscuro secreto. Pues los científicos, entregados a misiones inocentes como genotipias, espectrografías o investigaciones sobre levitación magnética, descubrieron con asombro cómo, bajo sus microscopios, el ADN de una libélula mutaba hasta desarrollar pinzas como las del alacrán; cómo el espectro de elementos inocuos (oxígeno, helio, neón) adquiría características de otros mortíferos (arsénico, plutonio, mercurio); y cómo un trencito que solo debía levitar a dos milímetros de altura sobre su vía se elevaba más de dos metros y reventaba el techo del laboratorio. Las sorpresas se sucedían en todos los campos de investigación: en física, la luz se ralentizaba cuando pretendían medir su velocidad; en botánica, cruzaron mandarinas con amapolas para ver si salían mandarinas rojas, y en cambio salió una nueva especie de plantas carnívoras (¡y que no solo se conformaba con insectos!, había que alimentarla también de pequeños roedores). A los matemáticos no les salían las cuentas, los informáticos no conseguían mantener estable la red inalámbrica; lo estático se movía, lo imputrible se pudría.

Los investigadores, perversamente inconscientes de lo que se traían entre manos, iban cada vez más allá en sus juegos con aquella fuerza maligna; y así fue como los Servicios de Investigación de la Universidad de Málaga se convirtieron en lugar de peregrinación para los físicos más depravados, los químicos más corruptos, los biólogos más infames. Y a todo esto la Universidad vivía sus años de más esplendor, con varios miles de alumnos graduados cada año, las cafeterías siempre hirviendo en conversaciones de alto nivel académico, y eventos culturales casi a diario, desde *performances* transgresoras hasta barriladas multitudinarias.

Entramos en la funesta década de los dos mil diez. A un equipo de iluminados se les ocurrió hacer llegar hasta el campus los túneles del metro. Algunas voces se alzaron en contra de esta idea, pero con poca vehemencia: a comienzos de la década llegaron a Teatinos las barrenas, las grúas y las excavadoras, e hincaron su diente en lo que antaño fue una ciénaga maldita.

Una noche de invierno, a las 2:35 a. m. según su propia declaración jurada, Fermín Publio Cordón, operador de pala

excavadora, hacía horas extras vaciando de tierra un sector del túnel cuando vio «...un agujero en la pared, como una cabeza de grande; parecía la entrada a una caverna». Esto sucedía a la altura de la Avenida del Dr. Manuel Domínguez, ahí donde el túnel empieza a ascender suavemente hasta alcanzar la superficie. Fermín avisó por *walkie-talkie* al vigilante de seguridad que estaba de turno, y éste llegó al poco con dos potentes linternas. Con la excavadora agrandaron un poco la oquedad, y luego se sumergieron en la negrura. El vigilante nunca saldría. Lo que descubrieron fue una extensa red de galerías subterráneas excavadas en una época ancestral, un «intestino de leviatán» que diría otro, que descendía varias docenas de metros bajo la superficie. Fermín Publio Cordón juró que nunca supo lo que le pasó al vigilante: que él iba por delante y hasta el último momento estuvo oyendo los pasos y la respiración de su compañero tras de sí; pero que cuando por fin volvieron al túnel del metro y miró hacia atrás, estaba solo.

Durante varias semanas, y con el mayor secretismo, operarios del Ayuntamiento exploraron la intrincada red de túneles, mas nunca encontraron al desdichado vigilante.

Aprovecharon la investigación, eso sí, para cartografiar aquel laberinto subterráneo, cosa que nunca pudo hacerse por completo, pues algunos segmentos tenían el techo derrumbado y otros sencillamente eran tan tenebrosos que nadie quiso adentrarse tan profundo.

En uno de los niveles inferiores se encontró una sala cuadrada donde barboteaba una piscina de fuego y lava: un camino hacia el manto terrestre, un volcán dormido, un caramelo para los geólogos. Se concluyó que el vigilante debía haberse precipitado al fuego en un descuido, como única explicación posible para su desaparición, y se cerró el caso. Fermín Púbblio Cordón, que no creía en la hipótesis de la caída en la lava, siempre reclamó que se reabriese la causa, hasta el día en que su vida fue interrumpida mientras visitaba las cuevas de Nerja con su familia; alguien estornudó con fuerza al otro extremo de la sala, y a él le cayó una estalactita en la cabeza.

Del mapa dibujado por los topógrafos del Ayuntamiento nunca se supo nada; se comentaba que había sido guardado bajo llave en un banco de alta seguridad en Finlandia, y la llave arrojada al mar gélido de Barents. Mas dos datos tras-

cendieron sobre dicho documento. Primero, que una de las galerías se extendía a lo largo de varios kilómetros, en dirección sur-oeste, e iba a dar justamente al hueco de la chimenea del Cortijo Jurado, conocidísima mansión encantada en la carretera de Campanillas, donde en el S. XIX se sometió a chicos y chicas vírgenes a ritos satánicos, y cuyos sótanos aún se encuentran en su mayor parte inexplorados.

Segundo, se halló una sala heptagonal, una cámara en la que aquellos que entraron dijeron haber sentido «...el hábito de algo más mortífero que la muerte (sic)», y que se encontraba ubicada justo debajo de los Servicios Centrales de Investigación. Poco más se habló sobre esto; la entrada a las galerías quedó escondida tras una portezuela metálica que simulaba ser una chapa en la pared, y la vida siguió con tranquilidad para trabajadores, estudiantes y profesores. Pero la lava ardía y el hierro chirriaba.

A partir de este momento, y hasta que Tobias Sächenauer y su amante ocasional no encontraron la entrada secreta de los túneles, solo podemos hacer conjeturas. Hay quien dice que los científicos del Centro de Investigaciones, alentados

ante la perspectiva de lo que podrían encontrar allí abajo, excavaron ellos mismos un túnel que conectaba sus sótanos con la sala heptagonal; hay quien dice en cambio que fue una fuerza maligna la que excavó el túnel en dirección ascendente; y hay quien dice que aquel enlace siempre estuvo ahí.

Primavera de 2017. Tobias Sächenauer era un estudiante erasmus alemán, cursando Bellas Artes y especializado en música clásica (era el segundo violín de la Orquesta Juvenil de Düsseldorf). Una noche se celebraba una fiestecilla étlica en el parking de la Facultad de Ciencias de la Comunicación, y Tobias y su amante, un joven local que llevaba ya ocho años invertidos en sus estudios de periodismo, buscaron un lugar donde disfrutar de algo de intimidad.

El espíritu aventurero de Tobias, y las copas de más, los llevaron a colarse en el túnel de metro, y allí encontraron por casualidad la portezuela falsa. Se adentraron en la red de galerías, a pesar de la insistencia de R. R. M. (la identidad del joven malagueño nunca fue desclasificada) por que salieran de allí. Lo que sigue es un tanto confuso: los dos empezaron a *enrollarse*, como se decía entonces, en una salita de pie-

dra, presumiblemente la cámara heptagonal. En esto oyeron pasos que se acercaban, voces trémulas, y por una abertura apareció un grupo de hombres y mujeres ataviados «...con batas blancas y cascos con linternas como los mineros; el jefe tenía los ojos inyectados en sangre, estaba fuera de sí y gritaba “¿qué hacéis aquí?!”». R. R. M. consiguió huir por el túnel, pero los otros capturaron a Tobias.

Durante una semana permaneció R. R. M. encerrado en su casa; al séptimo día bajó a la panadería y escuchó hablar «...del joven erasmus desaparecido». Comido por los remordimientos, pálido y tembloroso se presentó en la comisaría y denunció los hechos que acabamos de relatar. El chico, atacado de histeria, pasó al programa de protección de testigos, y para concluir con su historia hemos de decir que acabaría sus días en una isleta de la Polinesia Francesa.

Las fuerzas de seguridad bajaron a las galerías y al llegar a la sala heptagonal se encontraron con un espectáculo danstesco: aprovechando las propiedades malévolas de la cámara, los científicos habían conseguido intercambiar el cerebro de Tobias Sächenauer con el de un conejo (que por pura coinci-

dencia se llamaba Toby). Era estremecedor ver al joven encerrado en una jaula masticando lechuga sin parar, y al conejo tocando con maestría la Quinta Sonata para violín de Beethoven; con un violincito adaptado a su anatomía, eso sí. La policía arremetió a tiros contra los científicos, mas éstos llevaban chalecos antibalas e iban igualmente armados: se abrió un feroz fuego cruzado. Fuera, negros nubarrones cubrieron súbitamente el cielo y empezó a soplar un fuerte viento. El brebaje estaba listo, los pájaros ladraban, las flores morían.

A las 17:26 una llamada anónima a la rectora avisó de que, a lo largo de los últimos meses, se había ultimado la fabricación de un arma nuclear en el Centro de Investigaciones, y que se haría estallar si no se cedía las condiciones de los científicos allí atrincherados. El tiempo apremiaba: se procedió a desalojar la Universidad, incluyendo las zonas residenciales de Santa Inés, Plutarco y Teatinos. Los ingresados en el Hospital Clínico fueron trasladados a Carlos Haya. La tormenta arreciaba. El ejército envió tanques y helicópteros, la OTAN movilizó sus cazas y el espacio aéreo sobre la provincia quedó cerrado.

Se consiguió liberar a Tobias y a Toby, pero poco más se pudo negociar con los científicos. A media tarde empezó a arder uno de los despachos del edificio, presumiblemente de manera intencionada para quemar pruebas. Luego, desde una ventana una investigadora disparó a un helicóptero que, envuelto en llamas, fue a estrellarse contra la torre de la Facultad de Psicología. Uno de los tanques disparó contra el edificio, y a los pocos segundos se dejó sentir un fuerte temblor de tierra, que se detectaría en lugares tan remotos como Salamanca o Zamora.

Las autoridades temieron que se hubiera hecho estallar el artefacto atómico, y en un momento de caos toda la artillería abrió fuego. Pero de hecho nunca sabremos si los científicos realmente habían conseguido fabricar la bomba que pretendían: se trataba de un auténtico terremoto, una brusca sacudida sísmica que resquebrajó muros y torció columnas, y echó abajo la torre de Psicología en un fragor de polvo y escombros. La icónica escultura en tres módulos que presidía el campus, mitad hombre mitad mujer, saltó por los aires cuando de su base surgió, cual surtidor proveniente de los infiernos, el antiguo géiser que se creía para siempre extinto.

Solo en ese momento recordaron las autoridades la piscina de lava que hervía bajo sus pies, y cuando dieron la orden de retirada ya era demasiado tarde: el fango ralentizaba los tanques, el polvo taponaba las toberas de los helicópteros, la lluvia ácida quemaba la piel de los soldados; lo que estaba dormido despertó, y todo un trozo del campus estalló en una explosión de magma y fuego. El suelo se deshizo como si fuera hojaldre, los muros se derritieron como si fueran de cera; las fuerzas militares comprendieron que ya no había nada que hacer allí, y huyeron acuciadas por el viento y la ruina.

El resto de la historia es por todos bien conocido: los funerales de estado, con un día de luto nacional por cada oficial muerto. El traslado temporal de todas las facultades a unas aulas prefabricadas en Alhaurín de la Torre, sin calefacción, agua corriente, pizarras ni accesos para minusválidos; pero al menos también sin una maldición milenaria. La creación de la Plataforma por la Reconstrucción de la Universidad, y la de la Plataforma por la No Reconstrucción de la Universidad, que acabaron enzarzadas en una batalla campal en la Plaza de los Colores. El abandono definitivo de los pocos

edificios que aún quedaban en pie junto al cráter humeante. La inauguración fastuosa de la Universidad de Alhaurín de la Torre. Por último, y aquí entramos por fin en materia, la negativa del Gobierno alemán a aceptar a Tobias Sächenuer de vuelta, con la alegación de que, según hemos venido viendo, ésta es una maldición particularmente viajera, que gusta de los desplazamientos humanos para propagarse por el mundo. Hemos de aclarar que, si bien se retrasplantó su cerebro a cada cuerpo, nada volvió a ser lo mismo; y el conejo solo conseguía dormirse cuando de fondo sonaba el Réquiem de Mozart, y al joven le quedó para siempre una pasión desmedida por las zanahorias.

España quería expatriar a toda costa al joven, Alemania se negaba a aceptarlo, y la ONU miraba hacia otro lado. Hubo una escalada militar entre ambos países, que desembocó en la llamada Guerra de la Estupidez, que fue la primera guerra causada directamente por el programa Erasmus; y que acabó con el traslado del joven Sächenuer a la embajada española en Berlín, donde pasaría el resto de sus días.

Sin embargo, lo acaecido estas últimas semanas en Islandia debería, en opinión de quien esto escribe, hacer recapacitar a Alemania y, si bien el daño está hecho, qué menos que pedir perdón y volver a abrir sus fronteras al libre intercambio de salchichas, coches y aceite de oliva.

Pues el pasado 15 de enero, durante las obras de ampliación del puerto de Reikiavik, una máquina dragadora trajo a la superficie algo que parecían los restos podridos de un barco hundido. Se hizo descender a los buzos, y encontraron efectivamente el pecio majestuoso de un drakkar, hundido hace más de mil años, con las palabras *Stor Døðám* aún legibles bajo un siniestro mascarón de proa. Estudios químicos, arqueológicos y bacteriológicos han demostrado que, efectivamente, se trata del mismo Gran Muerte que zarpó maldito de Noruega, pero que por motivos que nunca sabremos ni siquiera llegó a superar la costa islandesa.

Las obras en el puerto de Reikiavik están detenidas a la espera de que se saque a flote el navío. Todos los antecedentes del Caso Toby que venimos relatando podrían quedar en entredicho, pues no sería cierto entonces que la maldición del

campus malagueño vino de fuera, como siempre se ha pensado. Podemos ahora dar un paso atrás y mirar con perspectiva este retablo macabro. Los secretismos y medias tintas de la Universidad. Los papeles extraviados del zahorí antequerano. Los oídos sordos a las demandas de Fermín Publio Cordón de investigar más a fondo la muerte del vigilante; y un largo etcétera de comportamientos sospechosos y directrices equívocas. Cobra peso la posibilidad de que sea una maldición autóctona: no la trajo nadie, siempre estuvo aquí; el único pecado de los incas de Tlatzecóatl fue levantar su campamento en el lugar equivocado, y el de los malagueños, olvidarlo.

Las autoridades alemanas se equivocaron al no aceptar de vuelta a Tobias Sächenauer en su país, y harían bien en reconocerlo. Pero tampoco haría mal Málaga en recordar que este asunto no ha terminado. Que, si bien ahora mismo el Mal está dormido, y que aunque aún duerma durante mucho tiempo y en cien años nada perturbe los pasillos desérticos y las aulas abandonadas, quién sabe si dentro de cien veces cien años no le dará por volver a despertar: entonces tendremos que estar preparados.



Publicaciones y  
Divulgación Científica